

Paul Block  
Robert Vaughan

# EL MANUSCRITO MASADA

algaida  
eco

Título original: *The Masada Scroll*  
Editado en EE.UU.:  
A Forge Book  
Published by Tom Doherty Associates, LLC  
175 Fifth Avenue  
New York, NY 10010

© Paul Block y Robert Vaughan, 2007  
© traducción: Pablo Manzano, 2009  
© Algaida Editores, 2009, 2014  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: REGA  
ISBN: 978-84-9877-994-3  
Depósito legal: SE. 659-2014  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Capítulo 1. . . . .	11
Capítulo 2. . . . .	21
Capítulo 3. . . . .	31
Capítulo 4. . . . .	47
Capítulo 5. . . . .	55
Capítulo 6. . . . .	65
Capítulo 7. . . . .	73
Capítulo 8. . . . .	81
Capítulo 9. . . . .	87
Capítulo 10. . . . .	97
Capítulo 11. . . . .	109
Capítulo 12. . . . .	121
Capítulo 13. . . . .	131
Capítulo 14. . . . .	139
Capítulo 15. . . . .	147
Capítulo 16. . . . .	155
Capítulo 17. . . . .	161
Capítulo 18. . . . .	167
Capítulo 19. . . . .	177
Capítulo 20. . . . .	189
Capítulo 21. . . . .	201
Capítulo 22. . . . .	213
Capítulo 23. . . . .	227

Capítulo 24. . . . .	235
Capítulo 25. . . . .	245
Capítulo 26. . . . .	255
Capítulo 27. . . . .	267
Capítulo 28. . . . .	279
Capítulo 29. . . . .	287
Capítulo 30. . . . .	295
Capítulo 31. . . . .	307
Capítulo 32. . . . .	319
Capítulo 33. . . . .	329
Capítulo 34. . . . .	337
Capítulo 35. . . . .	345
Capítulo 36. . . . .	361
Capítulo 37. . . . .	371
Capítulo 38. . . . .	381
Capítulo 39. . . . .	393
Capítulo 40. . . . .	403
Capítulo 41. . . . .	413
Capítulo 42. . . . .	427
Capítulo 43. . . . .	439
Capítulo 44. . . . .	455
Capítulo 45. . . . .	471
Nota de los autores. . . . .	483

*Con gran cariño, dedicamos este libro a  
nuestras esposas: Connie Orcutt Block  
y Ruth Vaughan.*





## CAPÍTULO I

**U**N DESTELLO DE LUZ BRILLÓ CUANDO GAVRIEL EBAN encendió un cigarrillo. Protegiéndose los ojos del sol de la tarde, miró hacia la baja estructura de piedra que dos milenios antes había alojado grano y otras provisiones para la resistencia final en la fortaleza de Masada. Silueteados en la entrada abierta se veían media docena de hombres y mujeres, miembros del equipo arqueológico que pasaban su tiempo de descanso apiñados en torno a la puerta para aprovechar la fresca brisa que llegaba del interior. Eban estaba demasiado alejado para distinguir apenas alguna palabra suelta, pero fantaseaba que eran fanáticos zelotes discutiendo sobre cómo derrotar a las tropas romanas que habían sitiado la fortaleza de la cumbre de la montaña. Y se veía a sí mismo como un guardia zelote con un sable a la cintura, en vez de la pistola Jericho 941, de 9 mm, de dotación en la policía de seguridad israelí.

En sus ensoñaciones, había comenzado el asalto final y pronto caerían sobre él y sobre el resto del grupo

de oficiales de seguridad —no, guerreros zelotes— para dar gloria a la nación judía a espada desnuda.

Pero —se recordó Eban a sí mismo—, no estaban en el siglo I, sino en el XXI. No había soldados romanos ni levantamiento zelote que aliviaran el adormecedor aburrimiento de otro largo y caluroso día del operativo de seguridad de una excavación arqueológica en la que el único asalto enemigo era el del endiablado polvo que cruzaba el desértico valle que rodea Masada.

Eban dio una larga calada al cigarrillo y lo tiró al suelo, aplastándolo con la bota, recordando su promesa a Livya de que iba a dejarlo. Sonrió con su imagen, esperándolo en el piso de Hebrón. Unas horas más y estaría en casa, bajo la colcha, a su lado.

Un movimiento como de pies que se arrastraran a un lado le llamó la atención. Se volvió directamente hacia la luz del sol y vio la figura de un hombre que se acercaba desde cerca de uno de los pequeños edificios exteriores del fuerte.

—¿Moshe? —dijo, entrecerrando los ojos mientras trataba de averiguar si era uno de los otros policías de servicio—. Moshe, ¿qué haces aquí? Creí que estabas en el...

La hoja plateada brilló; después, atravesó la garganta de Eban. Él sintió un escozor y después humedad, mientras la sangre de la arteria carótida se desparramaba por su cuello. Abrió la boca, pero tenía la tráquea rota; gritó en silencio mientras caía de rodillas y se agarraba el cuello. Miró a su atacante con expresión suplicante y sus labios formaron las palabras: *¿Por qué?*



Tras el turbante que cubría su rostro, solo eran visibles los ojos feroces, brillantes, del hombre. Su respuesta fue tan fría como el acero que llevaba en la mano: se inclinó y clavó la hoja en el corazón de Eban; después le dio un puntapié al cuerpo sin vida, dejándolo boca abajo en el suelo.

Con el brazo levantado y el puño cerrado, el asesino llamó a los otros y once hombres más, ataviados con turbantes y ropas oscuros, se materializaron, saliendo de detrás de las cercanas rocas y muros de piedra.

Haciendo señales y gestos con la mano, dirigió su truculenta tarea. Sin sospecharlo y desarmadas, las víctimas fueron cayendo bajo los puñales y garrotes del equipo de asalto.

Incluso a través de los gruesos muros de piedra, podían oírse los terroríficos sonidos procedentes de arriba, los gemidos, gritos y oraciones de los moribundos.

—¡Date prisa! —dijo ella—. No debemos dejar que la encuentren.

Su compañero se puso de rodillas para recoger la tierra con una pala de mango corto, mientras el olor acre de la tierra recién removida inundaba su nariz.

—¡Date prisa! —insistió—. ¡No tenemos mucho tiempo!

—Casi tengo ya una profundidad suficiente —respiraba con dificultad al trabajar más rápido.

Otro grito; este sonó tan próximo que les hizo dar un salto a ambos. Después, un canto fúnebre que denotaba una tristeza infinita:

*Yiitgadal veyitcadasch schmei rabbá*  
*Bealmá diiberá jiir utéi.*

—Déjala aquí —dijo él, tirando la pala y acercándose a ella.

—¿Es suficientemente profundo? Esto no debe caer en malas manos.

—Tiene que serlo. No nos queda tiempo.

*Yeéi schemet rabbá mebaraj, le alam ujl alméi almajyá.*  
*Yeéi schemet rabbá mebaraj, le alam ujl alméi almajyá.*

Arriba, el canto del *Kadish*<sup>1</sup> fue debilitándose cada vez más a medida que las voces iban apagándose una a una.

El asesino pasó por entre los cuerpos, dándole la vuelta a cada uno para examinar su rostro, mientras el resto de su equipo examinaba la zona. Uno de ellos llegó apresuradamente y dijo encogiéndose de hombros: «No está aquí».

—Está cerca —replicó, sin molestarse en mirar al otro—. Ella dijo que estaba aquí, y la creo.

—Míralo tú mismo; no está aquí, te lo digo yo.

—¿Has mirado en todos los edificios? —preguntó.

—¡Claro!

—Vuelve a inspeccionarlos —hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Encontrad a la mujer —no se molestó en decir su nombre. Su equipo había sido entrenado durante innumerables horas: todos sabían demasiado bien a quién y qué habían ido a buscar—.

---

<sup>1</sup> El *Kadish* es una oración ritual judía muy importante. En una de sus versiones, el *Kadish Abelim*, es una plegaria fúnebre. (*N. del T.*).

Encontradla, pero tened mucho cuidado en no hacerle daño. Ella nos conducirá hasta él.

\* \* \*

Abajo, en el sótano del edificio de piedra, la mujer vigilaba las escaleras mientras el hombre rellenaba rápidamente el hoyo, allanaba la tierra y tiraba la pala a un lado.

—La pala —susurró ella ansiosa, señalando con gestos adonde había caído.

—Ya, ya —dijo él, al comprender que era una prueba del lugar en el que la había enterrado. Volvió a cogerla, después arrastró el pie por el suelo, ocultando los indicios que quedaban del agujero.

Ella estaba vigilando de nuevo la escalera, mirando hacia la entrada cuando llegó él y le puso una mano en el hombro.

—Ya es hora de irnos.

—¿Crees que es seguro? —preguntó ella, con el miedo patente en sus ojos cuando le miró.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido. Que la puerta se abra ahora al Cielo o al Infierno, es cosa de Dios.

Fuera, los gritos y las oraciones se habían desvanecido, reemplazados ahora por el suave murmullo del viento.

El suave murmullo del viento que rodeaba el MD-11 fue emergiendo gradualmente a su conciencia. Al abrir los ojos, la fuerte luz que entraba por la ventanilla del avión le hizo parpadear; después, entrecerró los ojos ante la refulgente superficie del Mediterráneo.

—¿Padre?

Solo oyó a medias la voz, absorto como estaba en sus pensamientos sobre lo que acababa de vivir. Antiguas ruinas en el desierto... terroristas encapuchados, vestidos de negro... hojas de acero rajando la piel mientras un hombre y una mujer enterraban su tesoro en el suelo. ¿Era un sueño?, ¿una visión? ¿Estaba recuperando algún recuerdo distante de un libro o una película?

—¿Padre Flannery? —insistió la mujer—. ¿Es usted Michael Flannery?

Saliendo de sus ensoñaciones, Flannery se volvió para ver a una joven azafata que le miraba con ojos de un color verde brillante tal que tenía que deberse a unas lentes de contacto.

—«Sí» —reconoció con una sonrisa forzada.

Ella le acercó una hoja de papel.

—El comandante ha recibido esto para usted —sus ojos se entrecerraron y su expresión era casi conspiratoria cuando ella se inclinó hacia el asiento vacío del pasillo—. Debe de ser usted un hombre importante. No es frecuente que un pasajero reciba en vuelo un fax del gobierno de Israel.

—Muchas gracias —dijo Flannery, cogiendo el fax. Esperó a leerlo a que la azafata saliera de la cabina de primera clase, aunque estaba seguro de que ella ya lo había leído.

*R. P. Michael Flannery:*

*Por favor, a tu llegada, preséntate directamente en la oficina del jefe de seguridad del aeropuerto. Yo me reuniré*

*allí contigo para agilizar tu paso por la aduana. Estoy deseando verte de nuevo. Creo que esta visita va a resultarte muy reveladora.*

Preston

Preston Lewkis era catedrático de arqueología en la Universidad Brandeis. Michael Flannery y él se conocieron y se hicieron buenos amigos casi una década antes, cuando el sacerdote irlandés impartió una asignatura semestral sobre artefactos cristianos en Israel en el campus de Waltham, en Massachusetts. Desde entonces, habían estado en contacto y el reciente mensaje de correo electrónico de Preston había sido tanto misterioso como intrigante:

*Michael, ven a Jerusalén cuanto antes. Confía en mí, amigo mío; no quiero que te pierdas esto. No me hagas preguntas ahora. Simplemente, contéstame con la información de tu vuelo. Se te reembolsarán todos los gastos.*

Si Preston había escrito su mensaje para despertar la curiosidad de Flannery y asegurarse su conformidad, había dado en el clavo. Ahora, menos de veinticuatro horas más tarde, iba a descubrir de qué iba aquello.

«Masada», musitó Flannery como si respondiera. Lo último que había sabido era que Preston estaba trabajando como consultor del equipo que excavaba el antiguo emplazamiento judío.

*Lo que probablemente explique mi sueño, comprendió asintiendo con la cabeza. Pero, ¿qué tiene que ver Masada conmigo?*

Flannery trató de eliminar de sus pensamientos las preguntas que le habían estado consumiéndolo desde que recibió el mensaje. Sabía que pronto tendrían respuesta. Mejor utilizar el resto del vuelo para recuperar algo del sueño perdido durante el torbellino de los preparativos para este viaje.

Guardó el fax en el bolsillo de la americana, bajó el parasol de la ventanilla y cerró los ojos. Para acallar el revoltijo de pensamientos, rezó para sí la oración del Señor, resonando lentamente los tonos latinos en su mente casi como un mantra meditativo.

La segunda vez, tomó conciencia de un débil brillo, como si el sol se estuviera elevando en la distancia. Llenó y lentamente suplantó la oscuridad de su visión interior, destacando el inhóspito paisaje, las ruinas de piedra que poblaban sus alrededores. Un destello de movimiento llamó su atención y vio dos figuras, un hombre y una mujer alejándose de él cogidos del brazo, enmarcados por una luz creciente. Después, el susurro de un suspiro... ¿el viento o una voz?, se preguntó.

«Cielo o Infierno... ahora es cosa de Dios», repitió la mujer, mirando por encima de su hombro como si dirigiese sus palabras al sacerdote que observaba a distancia.

El hombre dijo unas palabras que Flannery no pudo entender; después, la pareja se abrazó y comenzó a entonar una oración hebrea. Dieron unos pasos más, después se desvanecieron en la explosión de luz cuando el sol se levantó en el horizonte.

Flannery permaneció quieto, pero sentía que su cuerpo avanzaba hacia donde habían estado. Se encontró al borde de un precipicio, mirando un valle desértico a cientos de metros más abajo. El sol brillaba aún más y

los rayos de luz le atravesaban la cabeza, la garganta y el corazón. No había ni rastro del hombre y la mujer... solo la abrasadora luz blanca. Y el grito de miles de voces vibrando en él cuando continuó su elegía *Kadish*:

*Su gran nombre sea bendito por siempre jamás.*

*Su gran nombre sea bendito por siempre jamás.*







## CAPÍTULO 2

**E**L PILOTO BAJÓ LA PALANCA DEL COLECTIVO<sup>2</sup> Y EL HELICÓPTERO Bell Jet Ranger comenzó su descenso, con las palas del rotor haciendo el típico y fuerte ruido pop-pop en su movimiento de cavitación a través de la propia estela de su rotor. Inclínandose a través de la portezuela abierta, Preston Lewis dirigió la mirada a la tierra de color marrón amarillento.

—Esto es —dijo, volviendo la cabeza hacia Michael Flannery, que estaba sentado en el centro del helicóptero, lo más lejos posible de las portezuelas abiertas.

Flannery, evidentemente incómodo por el viaje en helicóptero, asintió con los labios apretados.

—Hace dos años, mediante imágenes obtenidas por satélite, encontraron un muro enterrado —gritó Preston, superando el ruido—. Están muy seguros de que esto forma parte de una sección del fuerte hasta ahora desconocida.

---

<sup>2</sup> Palanca de mando del helicóptero. (*N. del T.*).

—¿La antigua fortaleza judía? —preguntó Flannery.  
—Sí.

Preston miró fijamente la fortaleza que fuera abandonada por los zelotes unos años antes de la resistencia final contra los romanos y el suicidio en masa en el año 73 de la era cristiana. Había sido construida sobre una meseta situada a unos 450 m sobre el nivel del Mar Muerto. La cumbre tenía forma romboidal, alargada de norte a sur y aislada por las profundas gargantas que la rodean por todas partes.

Cuando se descubrió el muro de la fortaleza, la administración israelí de antigüedades, la *Israeli Antiquities Authority*, emprendió una investigación exhaustiva, patrocinada en gran medida por la Universidad Brandeis, en la que Preston era profesor. Lo habían llamado para que formara parte del equipo de campo, reclamado específicamente por Daniel Mazar, un estudioso de antigüedades de la Universidad Hebrea y uno de los miembros principales del equipo israelí de investigación.

Mazar era una especie de mentor de Preston, que había cursado unas prácticas en la Universidad Hebrea durante su último curso de carrera en la Universidad Washington en San Luis. Había sido una experiencia fascinante y gratificante, trabajando con el venerado erudito sobre los Manuscritos del Mar Muerto. De hecho, después de graduarse, Preston había pasado otro año completo en las excavaciones del Qumrán.

Desde entonces, Mazar y él eran amigos y habían publicado en colaboración: *Arqueología litúrgica: Lecciones aprendidas en Qumrán*. El *New York Times* había dicho del libro: «Un examen legible y completo de la apocalíptica

de los manuscritos del Qumrán. Los profesores Mazar y Lewkis tienen un notable sentido de la proporción; este libro, un auténtico tesoro, no solo será muy útil en cursos sobre los Manuscritos del Mar Muerto, sino también en los que versen sobre el judaísmo del Segundo Templo, la apocalíptica y el Nuevo Testamento».

Para Preston, este proyecto era el trabajo de ensueño que solo podía surgir una vez en la vida. A sus treinta y seis años, con la mayor parte de su carrera docente e investigadora de campo por delante y sin mujer ni hijos, todavía no había tocado techo. Quizá más adelante tuviera reservada una dirección de departamento o una cátedra prestigiosa.

Preston sacó una gorra de béisbol de los Cardinals de San Luis, recuerdo de su ciudad natal, y se la ajustó sobre su pelo castaño claro cuando el helicóptero aterrizó en medio de un remolino de arena que se disipó rápidamente cuando el piloto puso el ángulo de paso a cero y apagó el motor. Desabrochándose el cinturón de seguridad, Preston descendió, agachándose un poco, aunque no fuese estrictamente necesario, para escapar rápidamente del torbellino de las palas en movimiento. Agitó la mano, dando las gracias al piloto y esperó a Michael Flannery, que acababa de salir del helicóptero y parecía que se tambaleaba un poco al volver a tierra firme.

El sacerdote era alto, con la estructura delgada de un corredor, un hombre atlético de unos cuarenta y tantos años, que parecía poco acostumbrado a estar tan inseguro sobre sus pies. Se inclinó bastante más de lo necesario para protegerse la cabeza, aplastando con una mano su espeso cabello castaño oscuro, como

si fuese una gorra a punto de volar a causa de las palas del helicóptero.

Cuando Flannery llegó a su lado, Preston le indicó con un gesto una zona abierta cercana a las ruinas del antiguo fuerte, donde se había practicado una excavación poco profunda de nueve metros de ancho.

—Antes de examinar nuestro hallazgo en el laboratorio, quería que vieses dónde encontramos esto. El lugar hace que todo sea más increíble.

—Todavía no me has dicho qué es *esto* —dijo Flannery, en un tono de indisimulada frustración por el continuado secretismo de Preston.

—Paciencia, Michael, paciencia. Todo a su debido tiempo. Quiero que entres en contacto con todo esto igual que nosotros, para que sientas el mismo impacto, en la medida de lo posible. Y podría servir para que nos ayudases a llegar al fondo de esto.

—¿Otra vez *esto*? —Flannery esbozó una sonrisa forzada—. Bueno, no me gusta quedarme en tinieblas, pero tendré que verlo —se rio entre dientes— como si tuviera otra opción.

Se acercaron a la excavación, donde una docena más o menos de hombres y mujeres jóvenes con monos estaban trabajando en ella bajo la supervisión de dos hombres con pinta de expertos, enfundados en batas blancas de laboratorio. En varios lugares alrededor del sitio, se mantenían alertas centinelas del Ejército de Israel.

—Como puedes ver, se sigue trabajando en la excavación —dijo Preston.

—¿Es aquí donde mataron a los Yishar... hace cuánto, tres años?

—Cerca —preston movió la cabeza hacia la izquierda—. Su equipo estaba excavando unas construcciones en el extremo noroeste de las ruinas.

Flannery miró fijamente dentro de la excavación.

—Creía que todo el trabajo en Masada se había detenido tras el ataque.

—Sí, durante un año casi. Y con las crecientes tensiones en Cisjordania, el gobierno no estaba por la labor de comprometer a más soldados aquí, pero las cosas cambiaron con los hallazgos del satélite y cuando salió a la luz nueva información sobre los terroristas que...

Lo interrumpió la llegada de una oficial israelí. La mujer, de unos veintitantos años, treinta como máximo —conjeturó Preston—, era desconcertantemente atractiva, con pómulos elevados, tez aceitunada, ojos marrón oscuro y pelo negro cubierto por una boina militar. Su reacción le hizo sentir a Preston cierto bochorno, dado que su compañero era un clérigo católico. Pero se relajó al mirar a Flannery y ver que el sacerdote estaba igualmente afectado, aunque quizá por la incongruencia de esa belleza enfundada en un uniforme caqui y unas pesadas botas negras, acentuada por una Uzi al hombre derecho, con el cañón apuntando hacia abajo.

—Soy la teniente Sarah Arad —dijo la oficial con elegancia, en inglés, prescindiendo del saludo—. ¿Es usted el Dr. Preston Lewkis?

—Sí —respondió, sacando su tarjeta de identidad con foto de la *Antiquities Authority*.

Preston había visitado el lugar muchas veces y daba la sensación de que, en cada ocasión, había un nuevo oficial responsable de la seguridad, tan fastidiado con

este cometido como el anterior. Por la expresión de esta teniente, supuso que ella no sería diferente.

—¿Y este es el padre Michael Flannery? —preguntó, volviéndose hacia el clérigo, que asintió y le presentó la placa de seguridad que Preston le había dado en el helicóptero—. Me dijeron que venía, padre Flannery —dudó y después preguntó— ¿Es el tratamiento correcto?

—Sí, por supuesto —replicó él con una sonrisa.

—Si usted va delante, teniente Arad —dijo Preston, consciente del protocolo de seguridad del lugar—. Me gustaría enseñarle al padre Flannery dónde se hizo el descubrimiento.

—Por aquí —la teniente señaló una zanja larga y estrecha, cuya base descendía gradualmente hasta una profundidad de unos seis metros bajo el suelo de la excavación, donde acababa en una abertura en el muro.

—¿Han encontrado algo nuevo? —preguntó él.

La oficial negó con la cabeza.

—Fragmentos de algunas tinajas rotas, pero nada más. Si en algún momento hubo algo en alguna de esas otras tinajas, ahora no queda nada.

—¿Vamos? —dijo Preston, indicándole a su amigo que siguiera adelante cuando la teniente comenzó a bajar por la pendiente.

\* \* \*

Michael Flannery se inclinó al pasar a través de la abertura del muro de piedra en forma de arco. Hacía mucho tiempo que la puerta que había estado allí había

desaparecido, pero se apreciaban unas huellas claras de los lugares en los que las bisagras habían estado encajadas en el marco de piedra. Al entrar en la cámara que estaba tras ella, parpadeó ante el brillo de un trípode de luces. Cuando se acostumbraron sus ojos, se encontró en una estancia de unos tres metros de ancho por seis de largo, con el suelo de tierra compactada y las paredes de bloques de piedra muy bien encajados. El techo, unos centímetros por encima de su cabeza, era una maravilla de construcción, formado por largas losas de piedra que atravesaban la sala en toda su anchura. El trípode de luces estaba montado en un hoyo poco profundo de unos dos metros de diámetro que habían excavado en el suelo.

Al pasar al interior de la cámara, Flannery contuvo el aliento y sonrió. Una fragancia característica, húmeda pero no desagradable, que ya había experimentado antes, atravesaba la fresca sequedad. Era el aroma de los tiempos, el producto de una burbuja de aire independiente del entorno que había permanecido inmutable durante unos dos mil años.

—Aquí es donde Azra lo encontró —dijo Preston Lewkis, interrumpiendo su ensoñación.

—¿Azra?

Su amigo le indicó el fondo de la sala y, por primera vez, Flannery se dio cuenta de que, antes de que entrasen, ya había allí una persona, oculta por el brillo de las luces.

Después de oír su nombre, la mujer se acercó y Preston dijo:

—Esta es Azra Haddad. Ha estado con el equipo de excavación desde que comenzó.

Azra era una mujer madura, aunque todavía con aspecto joven, de edad indeterminada, con un cutis que podría describirse como curado o seco, más que arrugado. Llevaba un pañuelo de cabeza de una tela a cuadros que sugería que podría ser palestina, haciendo que su presencia allí fuese un tanto sorpresiva debida al asalto mortal de la excavación Yishar. No obstante, fueron sus ojos, cálidos y oscuros, los que llamaron la atención de Flannery. Sintió una extraña familiaridad y creyó ver un reconocimiento mutuo cuando ella se volvió a mirarlo. Estaba seguro de que nunca se habían encontrado antes e iba a preguntarle si eso era posible cuando Preston rompió el silencio.

—Azra, cuéntale el hallazgo al padre Flannery.

Con una recatada sonrisa, avanzó unos pasos y se arrodilló al borde del hoyo. Indicó un sitio casi exactamente en el centro.

—Fue allí donde desenterramos la urna —dijo en un acento que combinaba su herencia árabe con un toque de nobleza británica. Evidentemente, era una persona muy educada, posiblemente en una universidad británica.

Flannery se acercó y examinó el hoyo. Había señales de palas, pero nada notable que indicara un gran hallazgo.

—¿Una urna, dice? —preguntó—. ¿Y fue usted quien la descubrió?

—Ella se dio cuenta de una sutil irregularidad en la superficie del suelo —intervino Preston—. Como si lo hubiesen removido, ¿no es así, Azra? —sin esperar respuesta, continuó—. Muy bien, ya has visto dónde lo encontramos. Ahora, ¿qué te parece si volvemos a



Jerusalén, comemos y te registras en el hotel? Después, lo primero que haremos por la mañana será ir al laboratorio y podrás ver lo que había dentro de la urna.

—¿No podemos ir a verlo ahora?

—Tú ya has trabajado con la Autoridad Israelí de Antigüedades. Ya sabes cómo son —dijo Preston—. Insisten en que su gente esté presente cuando la examinemos y, por el tiempo que nos llevaría trasladarnos, llegaríamos demasiado tarde.

Flannery, resignado, se encogió de hombros.

—Muy bien, como quieras.

—Vamos entonces —Preston hizo un gesto a la teniente Arad para que los condujera de nuevo al helicóptero.

Cuando Flannery los seguía desde la cámara, se detuvo para volver a mirar el lugar del descubrimiento que, según le había prometido Preston Lewkis, cambiaría fundamentalmente la forma de percibir el mundo. Azra Haddad todavía estaba arrodillada en el suelo, con los ojos cerrados, como si estuviese en oración. De repente, la escena cambió y vio a un hombre y a una mujer enterrando algo en un hoyo recién excavado, interrumpidos por las oraciones y los gritos de los moribundos. Sacudió la cabeza para aclarar la visión que había experimentado por primera vez mientras dormitaba en el avión.

*Sueños, imaginaciones estúpidas*, musitó. De algún modo, había reunido acontecimientos diversos: la promesa de Preston de antigüedades desenterradas, el trágico ataque terrorista en Masada tres años antes, cuando Saúl y Nadia Yishar y su equipo de arqueólogos habían sido brutalmente asesinados por terroristas palestinos.

Cuando Flannery comenzó a darse la vuelta, la mujer llamada Azra lo miró. No cruzaron palabra, sin embargo, él estaba seguro de que era su voz la que había oído susurrar: *Al fin nos encontramos otra vez.*

Flannery atravesó la puerta hacia la fuerte luz de la tarde. Se volvió a mirar las ruinas una vez más, pero ya no vio a Azra. De nuevo, la mujer se había desvanecido, regresando a las sombras tras el globo de luz que latía en el corazón de la cámara.